

# Ángel Riesgo, Manuel Aulló y los inicios de la investigación sobre época visigoda en Los Pedroches (Córdoba)

Ángel Riesgo, Manuel Aulló and the beginnings of research on the Visigothic period in Los Pedroches (Córdoba, Spain)

**Juan Bautista Carpio Dueñas** (direccion@museoprasa.com)

Director del Museo PRASA Torrecampo

**Resumen:** Entre 1920 y 1931 el ayudante de Montes Ángel Riesgo, bajo la dirección del ingeniero Manuel Aulló, excavó 29 dólmenes y 293 tumbas de época visigoda en el norte de la provincia de Córdoba. Aunque sus trabajos se realizaron sin lo que hoy consideramos metodología científica adecuada, sus anotaciones y los restos materiales recopilados durante estos trabajos nos ofrecen una información sobre la comarca de Los Pedroches en época visigoda que aún hoy, casi un siglo después, resulta de enorme interés. Basándonos esencialmente en las publicaciones de Riesgo y Aulló y en la copia de las libretas de Riesgo conservadas en el Museo Arqueológico de Córdoba, en el presente artículo pretendemos ofrecer una visión general sobre unos trabajos arqueológicos que propiciaron la formación de las colecciones que conservan en la actualidad el Museo Arqueológico de Córdoba (Colección Riesgo) y el Museo Arqueológico Nacional (Colección Aulló).

**Palabras clave:** Arqueología visigoda. Historiografía. Museo Arqueológico Nacional. Museo Arqueológico de Córdoba. Museo Prasa Torrecampo.

**Abstract:** From 1920 to 1931, assistant forest engineer Ángel Riesgo, under the direction of engineer Manuel Aulló, excavated 29 dolmens and 293 tombs dating from the Visigothic period in the north of the province of Cordoba, Spain. Although the work was not carried out according to what we currently consider adequate scientific method, their notes and the material remains they collected provide valuable insight on the Los Pedroches comarca in Visigothic times that even today, almost a century later, is of enormous interest. Based essentially on the publications of Riesgo and Aulló and the copy of Riesgo's field books kept in the Museo Arqueológico de Córdoba, this article aims to provide an overview of these archaeological excavations which led to the creation of the collections conserved today in the Museo Arqueológico de Córdoba (Riesgo Collection) and the Museo Arqueológico Nacional (Aulló Collection).

**Keywords:** Visigoth archaeology. Historiography. Museo Arqueológico Nacional. Museo Arqueológico de Córdoba. Museo PRASA Torrecampo.

## La arqueología postrromana preislámica en Los Pedroches

Al intentar iniciar un estudio sobre el norte de la actual provincia de Córdoba en época visigoda nos enfrentamos al doble reto de trabajar sobre una época que generalmente ha sido poco atractiva para los investigadores en un espacio cuya historia es muy mal conocida.

La dificultad que entraña el estudio de estos tres siglos de tránsito entre la Antigüedad y la Edad Media se refleja incluso en la falta de unanimidad a la hora de denominar el propio período histórico. Y ello a pesar de estar bien delimitado cronológicamente entre la segunda década del siglo V y el año 711. Repetidamente se está utilizando el término de «Antigüedad Tardía», contraponiendo la identidad de este período con el Clasicismo para definirlo no por sus características, sino por «lo que no es». Cuando han sido los medievalistas quienes se han acercado a su estudio, en ocasiones han utilizado el término «Muy Alta Edad Media», una denominación a la que podemos aplicar similar crítica.

La indefinición terminológica viene de antiguo. Ya Manuel Aulló se refería a los ajuares hallados en las tumbas de Los Pedroches como de época «post-romana o proto-medieval» (Aulló, 1924-25). Una forma de referirse a este período que casi calca Ana María Vicent décadas después al estudiar las cerámicas de la colección Aulló en un artículo que titula «Sepulturas postrromanas preislámicas del Valle de Los Pedroches» (Vicent, 1999). Por todo ello he decidido referirme a este momento como «época visigoda», aun siendo consciente de la imprecisión de este término. En cualquier caso, como indica el profesor Salvatierra, no resulta trascendente el nombre que le demos a este espacio de tiempo siempre que no perdamos de vista que la propia división en períodos históricos es una cuestión puramente instrumental (Salvatierra, 2015).

Por otra parte, son muy escasos los estudios dedicados a la evolución histórica del norte de la actual provincia de Córdoba. El desconocimiento provoca que tendamos a asignar a este espacio unas características muy alejadas de la realidad histórica. Es común partir de la idea de que nos encontramos ante una comarca atrasada y aislada de los grandes centros de decisión, cuando su desarrollo histórico ha estado muy directamente relacionado con su posición geográfica, de paso entre la Meseta y el valle del Guadalquivir, que la convirtió en una zona de gran interés estratégico (Del Pino, y Carpio, 1998). Para intentar deshacer estos errores, desde el Museo PRASA Torrecampo y el Museo Arqueológico de Córdoba mostramos recientemente la íntima relación de Los Pedroches con los caminos que conectan Córdoba y Toledo en época visigoda, a través de una pequeña exposición temporal titulada precisamente «*Iter ab Corduba Toletum*» (Carpio, 2017) (fig. 1).

Junto a su posición geográfica, el medio físico y natural ha sido en buena parte determinante en la evolución histórica de Los Pedroches. Sustentada en su parte central sobre un gran batolito granítico, la penillanura de Los Pedroches actúa como divisoria de aguas entre las cuencas del Guadalquivir y el Guadiana. Al norte y al sur del batolito emergen las pizarras, y a lo largo de la línea de contacto entre granito y pizarra se concentran variados yacimientos de minerales metálicos, abundando los de cobre, galena y blenda, explotados desde la prehistoria mediante rafas y pozos de escasa profundidad (Cabanias, 1968: 148-152). Las precipitaciones escasas, la ausencia de grandes cursos de agua, unos suelos en general muy pobres y la presencia de un amplio bosque de encinas sobre la llanura central, que paulatinamente fue siendo aclarado para obtener pastos, permiten igualmente una dedicación ganadera persistente hasta la actualidad (Valle, 1985).

En época visigoda, la antigua Vía Augusta romana había dejado de ser el principal camino de acceso desde el norte al valle del Guadalquivir. Ya Torres Balbás defendió que el cambio de vía principal entre la antigua Augusta romana y los caminos que serán los esenciales de al-Andalus se habría producido en época visigoda. Gonzalbes Cravioto corrobora esta idea al recoger una vía



Fig. 1. Piezas de la Colección Riesgo en la exposición «Iter ab Corduba Toletum».

principal que recorre en diagonal la península ibérica, marcando los principales núcleos urbanos de la época desde Gades hasta Gerunda y colocando la capital toledana en el centro (Gonzalbes, 1994).

El tramo entre Córdoba y Toledo era uno de los más importantes de este trazado (Del Pino, y Carpio, 1998), acortándose en 45 millas el recorrido respecto al camino por Mérida que recoge el Itinerario Antonino. Las 220 millas que separan ambas ciudades coinciden con las que recorre el camino musulmán por Puerto Mochuelo y Calatrava (Hernández, 1958). Durante el período que denominamos «época visigoda», el espacio actualmente ocupado por la comarca de Los Pedroches estuvo especialmente bien comunicado con dos de las más importantes ciudades de la época, Córdoba y Toledo.

## Ángel Riesgo y Manuel Aulló

A pesar de no ser arqueólogos, a Ángel Riesgo y Manuel Aulló les debemos mucho de lo que hoy sabemos sobre el norte de la actual provincia de Córdoba en época visigoda. En el Museo Arqueológico de Córdoba se conserva una copia de dos libretas que Ángel Riesgo redactó con los datos que había ido anotando en sus cuadernos de campo. A pesar de sus carencias, esas libretas nos ofrecen una información esencial sobre los trabajos arqueológicos realizados en Los Pedroches durante la década de los años veinte del pasado siglo. Y las colecciones de cerámica y vidrio que reunieron continúan

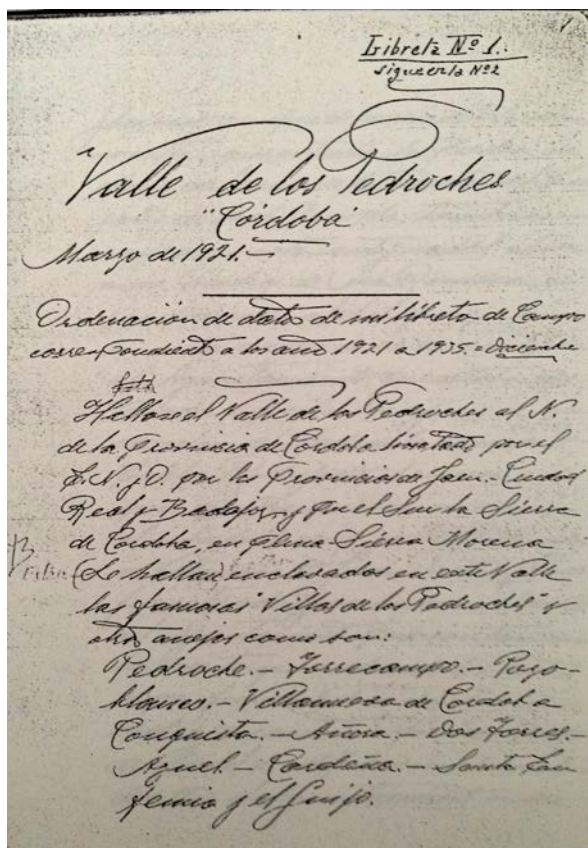


Fig. 2. Introducción a la libreta 1 de Ángel Riesgo. Fondo documental del Museo Arqueológico de Córdoba.

destacando en nuestros días entre los fondos de dos de los museos arqueológicos más importantes nuestro país (fig. 2).

El asturiano Ángel Riesgo ya tenía una cierta experiencia en arqueología cuando llegó a tierras cordobesas, al haber participado en exploraciones en el castro de Coaña. Visitó por primera vez Los Pedroches en 1919, trasladándose a Villanueva de Córdoba en 1921 como Ayudante de Montes, para desarrollar un proyecto de lucha contra la plaga de orugas que afectaba al encinar, bajo las órdenes del ingeniero Manuel Aulló (Gutiérrez, 2007). Su trabajo le proporcionó un excelente conocimiento del terreno que facilitó sus actividades arqueológicas, centradas fundamentalmente en dólmenes y necrópolis de época visigoda.

A su llegada a Villanueva de Córdoba le llamó la atención la inscripción adosada a la fachada la parroquia, el famoso *trifinium* que indicaba la partición de términos de Sacili, Epora y Solia (Stylow, 1986: 266). Poco a poco fue descubriendo nuevos restos antiguos que, con su ya conocida afición a la arqueología, despertaron su interés. Un interés espoleado por quien sería su amigo y ayudante desde entonces hasta su fallecimiento en 1932, Miguel Díaz Torralbo (libreta 1, fol. 5).

El propio Riesgo relataba que la monotonía y lo árido de su trabajo forestal le habían llevado a buscar distracción en la arqueología durante su tiempo libre. Al hablar sobre la extraña pareja que forman entomología y arqueología, afirmaba: «¿Están hermanadas estas dos ramas de las ciencias? Para mí, sí, porque por hallarse las masas forestales en parajes poco frecuentados por el hombre, dada la escasez de vías de comunicación que a ellas conducen, se encuentran muchos yacimientos arqueológicos inexplorados, la mayoría aún desconocidos para los arqueólogos profesionales, y sólo notados por los que, aficionados a tan difícil ciencia, frecuentamos como forestales los aludidos parajes» (Riesgo, 1934: 150). Los trabajos no fueron en modo alguno sistemáticos, sino que los desplazamientos por motivos laborales fueron los que determinaron en principio la elección de zonas arqueológicas (por más que, con el tiempo, Ángel Riesgo fuera poniendo especial interés en visitar los principales yacimientos de los que tenía noticia). De igual manera, no parece que mostrara de inicio un interés especial en época visigoda, sino que fue el territorio estudiado, en el que abundan restos que podemos situar de forma genérica en la Edad de los Metales y en época visigoda, el que determinó la «especialización» que se puede observar en las colecciones surgidas de estos trabajos.

En diversas ocasiones reconoce Riesgo la importancia del apoyo que recibe de informadores y colaboradores locales aunque, con una socarronería poco disimulada, también relata la incompreensión que su afición provoca entre sus vecinos de Villanueva: «[...] Hablé del hallazgo a los amigos de Villanueva de Córdoba, hombres de ciencia y de notable cultura, pero más aficionados a la ganadería que a la Arqueología (no les sobra razón: aquella les da buenos miles de pesetas y esta... pedruscos viejos y... gastos y molestias); unos me escucharon con agrado, pues surgía del olvidado rincón de su cerebro el rescoldo de su saber; otros, con más ceniza sobre el rescoldo, me oyeron con indiferencia,



y quienes, sin ceniza ni rescoldo, pavesas que el viento se llevó, me oían casi con lástima al ver lo poco que por esos caminos produciría mi seso a mi bolsa [...]. (Riesgo, 1934: 151).

Realmente fue Ángel Riesgo, asentado en el territorio, el responsable de casi todos los trabajos arqueológicos realizados en Los Pedroches, mientras que el ingeniero Aulló, desde Madrid, se encargó de buscar el amparo legal a esta actividad. Al principio, Riesgo excavaba sin permiso hasta que lo solicitó y obtuvo Manuel Aulló (R. O. de 20 de septiembre de 1923) para realizar excavaciones arqueológicas en cinco yacimientos de Villanueva de Córdoba, Montoro y Adamuz. Aunque los trabajos realizados a partir de este momento por Riesgo y Aulló fueron muchísimo más extensos.

Durante los primeros años, la relación entre ambos parece haber sido muy buena, como de hecho lo era su relación profesional en la estación entomológica de Villanueva de Córdoba. Al referirse al trabajo realizado desde aquí, Manuel Aulló quiso dejar constancia de la buena labor realizada por Riesgo, a quien reconoce «método y acierto en la aplicación», añadiendo que es el ayudante «quien ha llevado sobre sí la más pesada carga de este importante servicio» (Aulló, 1926: 199).

La primera publicación de los hallazgos arqueológicos fue realizada por Manuel Aulló (1924-25). En este momento, las relaciones entre el ingeniero y su ayudante parecen aún buenas, aunque de la lectura del texto se deduce que Aulló pretende trasladar también a las actuaciones arqueológicas la diferencia de jerarquía existente entre el ingeniero y su ayudante. Así, Aulló reconoce explícitamente la importancia del trabajo realizado en la zona por Riesgo, a quien denomina «excelente amigo y colaborador», aunque a continuación añade que los trabajos arqueológicos de Riesgo los ha realizado «con mi delegación y bajo mi responsabilidad». Si es posible aceptar que Aulló dirigiera efectivamente los trabajos de Riesgo en entomología, marcando las directrices básicas del trabajo, no parece tan claro que tal posición jerárquica pudiera trasladarse al ámbito de la arqueología, donde el ayudante no solo contaba con un mayor conocimiento del terreno, sino posiblemente también con mayor experiencia y conocimientos en arqueología (fig. 3).

Ángel Riesgo se ocupaba de excavar los yacimientos que localizaba, enviando la mayoría de las piezas extraídas al domicilio madrileño de Manuel Aulló. Sin embargo, las relaciones entre ingeniero y ayudante comenzaron pronto a deteriorarse. Aunque ninguno de los dos deja claros los motivos del inicio de las disputas, estos pudieron estar relacionados con la «propiedad intelectual de los hallazgos». El hecho es que en la primavera de 1926 se había producido una ruptura clara entre ambos, y a partir de este momento Riesgo dejó de enviar piezas a Aulló, como se deduce del estudio de las libretas del Museo Arqueológico de Córdoba.

Quizá no ayudara nada a esta situación el hecho de que Aulló permitiera al también ingeniero cordobés Antonio Carbonell la publicación de una serie de fotografías de piezas cerámicas que dieron lugar a una serie de artículos publicados en el *Boletín de la Real Academia de Córdoba* con el título de «Contribución a la Prehistoria Cordobesa», dedicados a Villanueva de Córdoba (Carbonell, 1927), Cardaña (Carbonell, 1928a) y Conquista (Carbonell, 1928b). Un título impropio, ya que podía llevar al equívoco de considerar prehistóricas unas cerámicas de época visigoda (Vicent, 1982-83).

Poco aportan los textos publicados por Carbonell, lacónicos e imprecisos, cuyo principal interés está en unas fotografías que habían sido realizadas por Ángel Riesgo. El autor de estos artículos reconoce los trabajos del ingeniero Aulló (aparece citado en 13 ocasiones en el artículo centrado en Villanueva de Córdoba, por ejemplo), reservando solo una alusión secundaria para el ayudante Ángel Riesgo Ordoñez, a quien considera un simple colaborador (Carbonell, 1927). Todavía en 1946, Carbonell citará los trabajos arqueológicos en Los Pedroches del «ingeniero sr. Aulló» sin referirse para nada a Riesgo, que era quien realmente los había realizado (Carbonell, 1946a: 98).

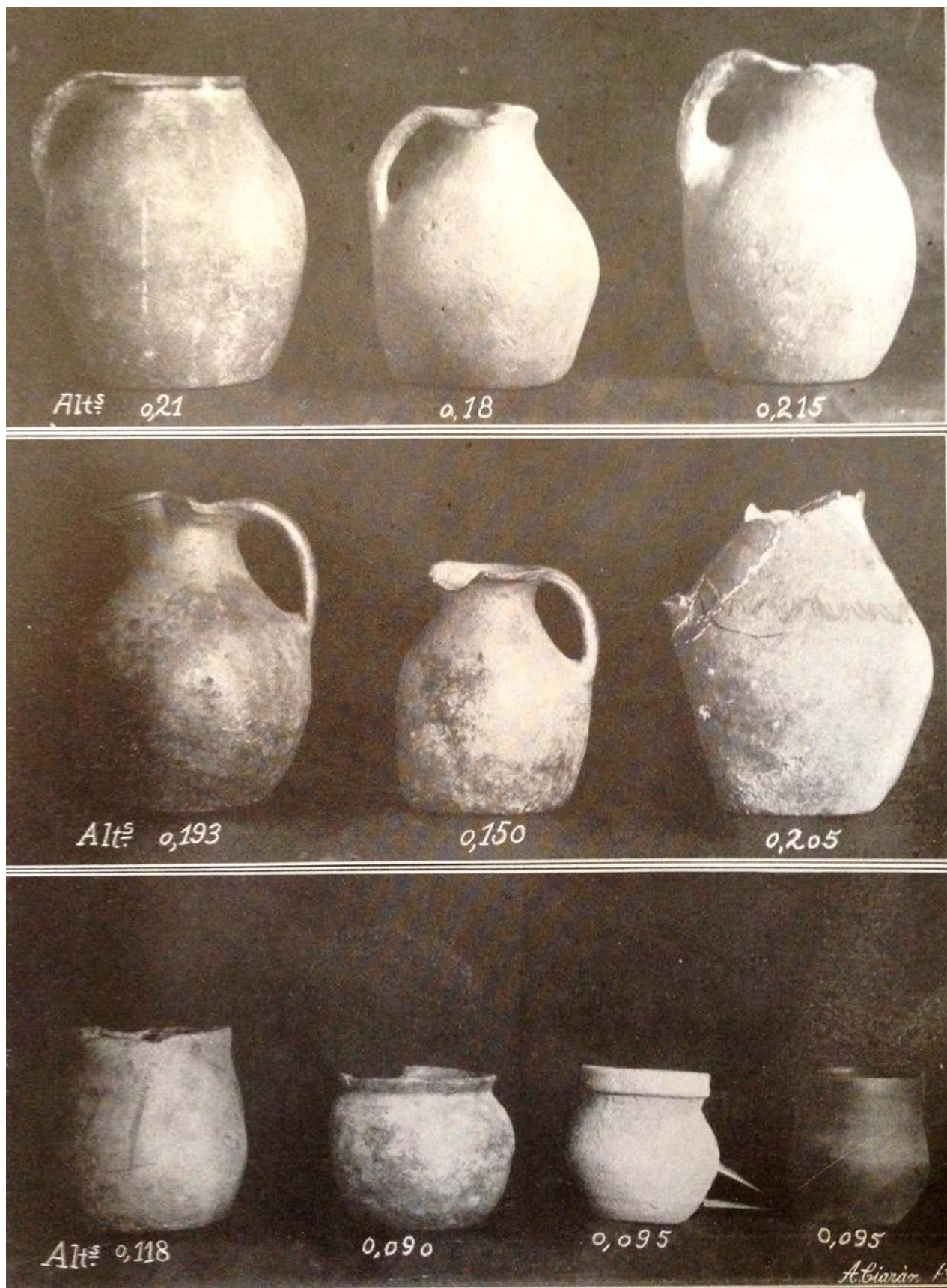


Fig. 3. Cerámicas de época visigoda. Fotografía de Ángel Riesgo que publicó Manuel Aulló en 1924-25. Fondo documental del Museo Arqueológico de Córdoba.

Posiblemente a los dos ingenieros se refiriera Riesgo cuando, algunos años después, expresa su interés en publicar la totalidad de los descubiertos en Los Pedroches para no dar lugar a que cualquiera pudiera atribuirse la autoría «quitándome por segunda vez la paternidad de los descubrimientos y exploraciones hechas a base de grandes sacrificios pecuniarios y no pocas fatigas» (Riesgo, 1936: 8).

## El resultado de los trabajos de campo

Entre 1921 y 1933 Riesgo y Aulló estudiaron 29 dólmenes y 293 tumbas de época visigoda, además de intervenir en los dos yacimientos de esta época más destacados del norte de Córdoba: Majadaiglesia y el Cerro del Germo. Aunque sus trabajos se realizaron sin lo que hoy consideramos metodología científica adecuada, las libretas conservadas en el Museo Arqueológico de Córdoba, las publicaciones de Riesgo y Aulló y los restos materiales conservados hoy en los museos de Córdoba y Madrid nos ofrecen una información de gran valor para el conocimiento de la comarca de Los Pedroches en época visigoda.

Estos trabajos dieron como resultado la formación de las colecciones Riesgo y Aulló, en las que se integraron las 96 piezas de cerámica, 17 platos de vidrio y muy escasos objetos metálicos (Riesgo, 1948). Este último hecho contrasta con la riqueza de las colecciones de bronce de época visigoda del Museo de Historia Local de Villanueva de Córdoba y, sobre todo, del Museo PRASA Torrecampo (fig. 4). Solo una mínima parte de los hallazgos estaría fuera de estos dos conjuntos, como es el caso de una cerámica de la Colección Santa-Olalla, hoy también en el Museo Arqueológico Nacional (Vicent, 1999).

La directora del Museo Arqueológico de Córdoba, Ana M.<sup>a</sup> Vicent, coincidiendo con la publicación por Thilo Ulbert de 13 piezas de la colección Riesgo como paralelas de las aparecidas en El Germo (Ulbert, 1968), entabló infructuosas conversaciones con Riesgo de cara a integrar su colección en los fondos del Museo por donación, depósito o compra por el Estado (Vicent, 1999: 118, nota 5). Solo tras el fallecimiento de don Ángel, la Dirección General de Bellas Artes pudo comprarla a su hija y heredera por 300 000 pesetas, según consta en los libros de registro del Museo. Por su parte, el grupo de piezas en poder de Manuel Aulló ingresó en el Museo Arqueológico Nacional, por donación realizada por la viuda del ingeniero en 1964 (Vicent, 1999: 118).

Son muy escasos los estudios realizados hasta el momento sobre estas dos importantes colecciones. La colección Riesgo no ha recibido estudio de conjunto, limitándose su difusión a la presencia de algunas de sus piezas en la antigua exposición permanente del Museo Arqueológico de Córdoba, o a la reciente exposición temporal «*Iter ab Corduba Toletum*», celebrada en 2016 en este mismo centro (Carpio, 2017). Respecto a la colección Aulló, las cerámicas del Museo Arqueológico Nacional fueron descritas por Ricardo Izquierdo junto con otras piezas con las que establece similitudes y paralelos (Izquierdo, 1977a). Posteriormente, un trabajo de Vicent Zaragoza seguirá a Riesgo en la descripción de las piezas, utilizando para su catalogación los datos contenidos en las libretas del Museo Arqueológico de Córdoba (Vicent, 1999).

La primera publicación relacionada con los trabajos de Riesgo y Aulló fue firmada por este último en 1924-25. Presentada como un simple avance, en ella ya se dividían los hallazgos en dos bloques principales: los relacionados con «la extensión del culto dolménico» y «el descubrimiento de una cerámica post-romana o proto-medieval» (Aulló, 1924-25). Más información encontramos en los artículos elaborados por Ángel Riesgo en 1934, 1936 y 1948. Pero, sin duda alguna, la mayor riqueza informativa nos la ofrecen las dos libretas inéditas cuya copia conserva el Museo Arqueológico de Córdoba.





Fig. 4. La ausencia casi completa de metales en las colecciones Riesgo y Aulló contrasta con la riqueza de la colección de bronce del Museo PRASA Torrecampo.

Según Ana María Vicent, estas libretas, entregadas por la hija de Riesgo cuando el Ministerio de Cultura adquirió la colección de su padre, habrían sido redactadas en torno a 1934, con los datos de unos cuadernos de campo que se habrían perdido a comienzos de la Guerra Civil (Vicent, 1999: 118). En cualquier caso, parece claro por la precisión de datos (fechas, identificación de yacimientos y objetos, medidas, etc.) que estos manuscritos, posible borrador destinado a la publicación de un libro, se redactaron teniendo presentes unos cuadernos de campo que por desgracia no han llegado hasta nosotros.

Sobre su contenido, Ana María Vicent resume en una sola frase sus virtudes y defectos: «Las notas manuscritas de Riesgo, lacónicas, con muchas imprecisiones, errores de interpretación y de cronología, y sin un estudio de monumentos y piezas, ofrecen, sin embargo, una inestimable ayuda para conocer en lo posible procedencias y materiales» (Vicent, 1999: 118). Indudablemente, la información que nos ofrecen no es completa, aunque la crítica nos parece excesivamente dura, sobre todo si valoramos el claro interés de Riesgo por documentar y catalogar los hallazgos, poco común en trabajos realizados incluso por reconocidos arqueólogos de su tiempo.

Tras una breve introducción general sobre la comarca de Los Pedroches, el contenido de las libretas sigue el orden cronológico de los hallazgos, reproduciendo una estructura común: en primer lugar, cada paraje se encabeza con su nombre y la identificación del propietario de los terrenos; en muchas ocasiones Riesgo redacta después una pequeña introducción general sobre el yacimiento; a continuación, describe las diferentes tumbas excavadas y, dentro de cada una de ellas, relaciona las piezas extraídas, que denomina «hallazgos». Los datos que nos ofrece sobre cada yacimiento son muy dispares. La descripción de algunas de las tumbas es bastante completa, indicándose medidas, orientación y otros datos complementarios. Por el contrario, en otras ocasiones ni siquiera se describen los hallazgos, como ocurre con la mención a las siete tumbas descubiertas el 18 de mayo de 1922.

En cuanto a los objetos, Riesgo los identifica con un número correlativo que constará en una etiqueta de control unida a cada pieza (fig. 5). Ese número se corresponde con el consignado tanto



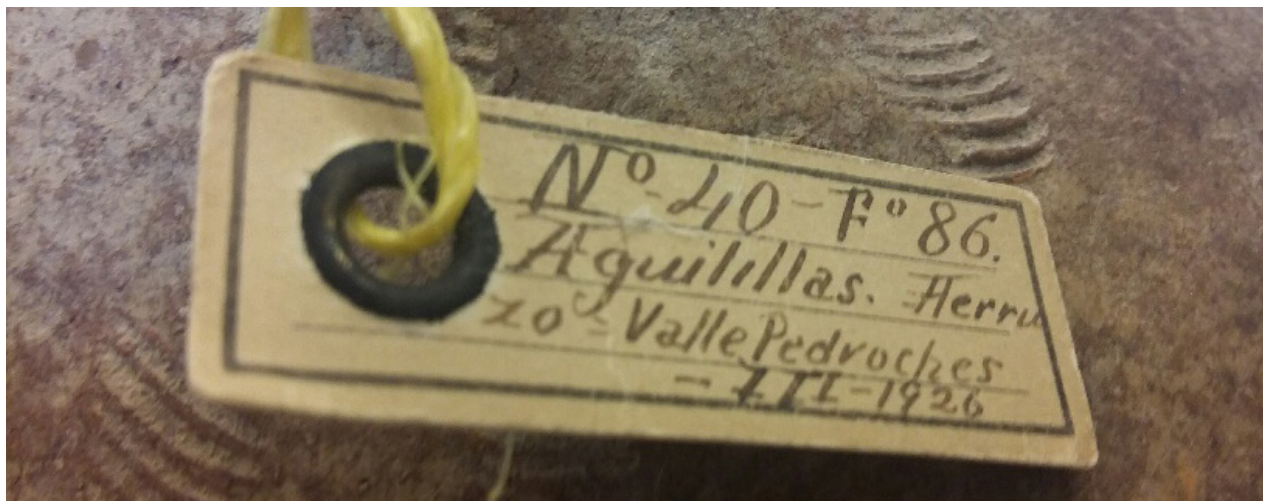


Fig. 5. Etiqueta de identificación realizada por Ángel Riesgo, con indicación de procedencia, fecha de excavación, número de catálogo y folio de las libretas en el que se describe.

en las libretas como en la documentación fotográfica, que es bastante completa para la época. Especial interés puso Riesgo en documentar con claridad todas aquellas piezas que había remitido a Manuel Aulló a Madrid.

Al final de la primera libreta, la más completa, se incluyen unos índices ordenados por zonas y por piezas. Este último resulta ser un índice bastante completo, ordenado por materiales (cerámicas, vidrios y otros), que contiene el número de catálogo de cada objeto, la forma, zona de hallazgo, indicación sobre si la pieza está fotografiada y referencia al número de la página de la libreta donde se describe.

Hasta la referencia número 44, correspondiente a los hallazgos fechados el 2 y el 3 de marzo de 1926 (libreta 1, fol. 89), se consigna junto a la procedencia quién es el «poseedor» de la pieza, con las iniciales M. A. (Manuel Aulló; a veces, «obsequiado a M. Aulló») o A. R. (Ángel Riesgo). La mayoría de las 43 primeras piezas están en poder de Aulló, mientras que las posteriores las conserva el propio Ángel Riesgo, que dejó de enviarlas a Madrid tras la ruptura de sus relaciones con el ingeniero.

La segunda de las libretas, de contenido menos ordenado, está centrada especialmente en los «túmulos». A continuación, Riesgo introduce como apéndices unos índices de «Principales zonas arqueológicas del Valle de Los Pedroches» (f. 91), «Sepulturas talladas en rocas» (f. 101), «Yacimientos romanos» (f. 115) y «Utensilios neolíticos» (f. 141). El final, desordenado, ofrece información parcial sobre yacimientos de Segovia, Madrid o Cáceres también explorados por Ángel Riesgo, para terminar con nuevos índices de yacimientos romanos, de castillos de Los Pedroches o de túmulos.

En general, el cuidado con el que documenta los hallazgos, su interés no solo por los objetos, sino también por los yacimientos en sí, y su objetivo final de aumentar el conocimiento sobre la historia de la comarca a través de los restos materiales (cuyo interés no ve solo en su belleza o antigüedad, sino en la información histórica que nos proporcionan) dan a su trabajo un gran valor añadido.

Incluso llegó Ángel Riesgo a mostrar su preocupación por la conservación de los yacimientos, afectados, según él, por dos peligros fundamentales: los propietarios de terrenos, que usan restos de antiguas estructuras para nuevas construcciones, y los buscadores de tesoros, que no solo provocan la pérdida de las piezas, sino también de la información histórica que podrían ofrecernos los yacimientos (Riesgo, 1934).

A pesar de todo, tenía razón Vicent cuando criticaba los errores cometidos por Riesgo. Así, la factura tosca y la decoración simple, a base de líneas paralelas o impresiones digitales en las asas de la cerámica visigoda le llevaba a vislumbrar unas imposibles influencias fenicias. Una relación con lo fenicio que también apunta para el anillo de los dos ibis (Museo Arqueológico de Córdoba, inv. 27.841), que él identifica inicialmente como cigüeñas y se inclina por catalogar como pieza realizada por «iberos con influencias fenicias o cartaginesas» (libreta 1, ff. 119-120). Finalmente, publicará el anillo describiendo las aves como ibis, aunque manteniendo su relación con el mundo fenicio (Riesgo, 1936: 5-6). El problema de delimitar la adscripción cronológica y cultural de los hallazgos había sido puesto de manifiesto por Aulló en la primera publicación sobre los mismos, en la que reconoce que los hay claramente prehistóricos junto a otros de época visigoda, dejando constancia de que entre estas dos etapas «cabén muchas civilizaciones» (Aulló, 1924-25: 7). Sin embargo, insistimos en que debemos contextualizar estos errores en su tiempo ya que, como indica Salvatierra, el desconocimiento sobre la cultura material de la Edad Media es generalizado incluso hasta la segunda mitad de los años ochenta (Salvatierra, 2013).

Un último problema es el referido a la dispersión de yacimientos. En este caso, el problema no es la identificación de los lugares donde se producen los hallazgos o se desarrollan los trabajos arqueológicos, que Ángel Riesgo intenta localizar con cierta precisión, sino la escasa información que nos ofrecen unos mapas de dispersión que nos informan esencialmente sobre los ámbitos de actuación del ayudante de montes. En este sentido, la gran concentración de hallazgos en la zona de Villanueva de Córdoba, como puede comprobarse en los propios mapas publicados por Riesgo (Riesgo, 1948: 77), responde en gran medida a que se trata de su lugar de residencia. Por esta razón, prefiero realizar una breve panorámica general sobre estos yacimientos en su conjunto, sin entrar en problemas de dispersión geográfica.

## Principales yacimientos

### 1. Necrópolis

En general, el principal problema para el estudio de las necrópolis de época visigoda está en su pésimo estado de conservación. Salvo en el caso de Majadaiglesia (El Guijo) o La Losilla (Añora), las excavaciones realizadas en estos yacimientos carecen de cualquier rigor científico. Ya Ángel Riesgo dejaba constancia en sus libretas de cómo un número importante de las tumbas que estudiaba parecían haber sido saqueadas de antiguo. Algunos años después, era Carbonell quien, al hablar sobre el castillo de Almogávar, en término de Torrecampo, indicaba que «en él se hicieron numerosas excavaciones por tesoros» (Carbonell, 1946a: 101). A estas excavaciones incontroladas habría que sumar el escaso rigor científico de actuaciones como las del propio Carbonell, que nos habla de «jarros decorados con labores sinusoidales y otras punteadas en los círculos que la rodean y en las asas» que habrían aparecido en el tejedor de Dehesa Vieja, en término de Torrecampo (Carbonell, 1946a: 102), pero ni describe el yacimiento ni indica el lugar de conservación de los objetos.

Entre los datos obtenidos por Ángel Riesgo de su trabajo de campo, las anotaciones en las libretas destacan como un grupo de especial interés el de las tumbas, antropomorfas o no, excavadas en la roca. En la libreta 2 (f. 102) nos ofrece un listado de veintitrés tumbas de este tipo, «todas ellas profanadas de tiempo inmemorial», datos que publicó parcialmente en 1934, aunque equivocando la cronología (Riesgo, 1934). Por su tipología, pensó que estos enterramientos serían contemporáneos de las «cistas», adjudicándoles influencias fenicias y cartaginesas (Riesgo, 1936), en contraste con el resto de las tumbas, que consideraba romano-visigodas (fig. 6).





Fig. 6. Tumbas excavadas en la roca en el área del castillo de Almogávar (Torrecampo, Córdoba).

Después de Riesgo, han sido varios autores los que se han preocupado por estas peculiares necrópolis. Esteban Márquez llegó a identificar 117 tumbas, entre las excavadas en la roca (74) y los sarcófagos exentos (47), todas ellas con indicios de haber sido saqueadas desde antiguo (Márquez, 1985 y 1993). Respecto a la cronología, Márquez mantiene aún la idea de adscribir las a época prerromana. Consta que la mayoría aparecen asociadas a poblados que han conservado mínimos restos visibles, lo que Riesgo denominaba en sus libretas «villares» y que, como también había apuntado ya Ángel Riesgo, la mayor concentración se localiza en el entorno del castillo de Almogávar. Solo recientemente se ha definido su cronología, llevándolas a época visigoda o, en algún caso, catalogándolas como mozárabes (es decir, posteriores al 711; *Vid.* Morena; Gutiérrez, y Merino, 2003).

## 2. La Chimorra - Cerro del Germo

En el Cerro del Germo, junto a la mayor elevación del norte de Córdoba, La Chimorra, encontramos un yacimiento compuesto por una basílica con tres naves y ábsides contrapuestos, junto a un edificio anejo de uso incierto (fig. 7).

El lugar fue excavado por primera vez en 1908 (Fita, 1914), «en virtud de ciertas antiquísimas tradiciones y leyendas» (Ruiz, 1914). En 1913, Ruiz Blanco daba cuenta del descubrimiento en el lugar de una basílica visigoda, y de la aparición de cerámicas, inscripciones y otros elementos, llegando a la conclusión de que se trataría de un monasterio (Ruiz, 1914). Según Fita, estas intervenciones en el yacimiento habrían sido «hondas y dilatadas» (Fita, 1914), y los posteriores trabajos del Instituto Arqueológico Alemán en 1967 demostrarían que Ruiz Blanco había excavado en extensión la práctica totalidad del yacimiento (Ulbert, 1971).





Fig. 7. Restos de la basílica del Cerro del Germo.



Fig. 8. Inscripción n.º 27754 del Museo Arqueológico de Córdoba, con unión de fragmentos aparecidos en diferentes épocas en el Cerro del Germo.

Entre los materiales recogidos por Ruiz Blanco destacan las inscripciones funerarias, que fueron estudiadas por F. Fita. En el artículo incluyó una fotografía en la que, junto a objetos hoy conservados en el Museo Arqueológico de Córdoba, aparecen otros cuyo paradero desconocemos (Fita, 1914).

Ángel Riesgo visitó el yacimiento, que llama «La Chimorra» o «El Musgaño» en mayo de 1927 (libreta 1, ff. 36-38). En una anotación posterior, del 2 de noviembre de 1928 (libreta 1, f. 58; anotación que no parece derivar de una segunda visita, sino de una reordenación posterior de la información) sitúa el yacimiento con más precisión, a unos 500 metros del camino real, cerca del que llama castillo ibérico de La Chimorra. En el texto, Ángel Riesgo destaca su gran importancia, aunque admite que la lejanía respecto a su base de operaciones de Villanueva de Córdoba le impedirá hacer un estudio de mayor calado.

A pesar de todo, Riesgo recuperó algunas piezas de indudable interés, entre ellas un jarro de cerámica que fichó con el número 58 de su catálogo (n.º inv. 27857 del Museo Arqueológico de Córdoba) o un «mortero o escudilla» de piedra, de 13 cm de diámetro por 7 cm de alto, que no hemos podido localizar.

Además, Riesgo recogió dos fragmentos de inscripciones «bajo el signo del cristianismo». Décadas más tarde, Juan Ocaña lanzó la hipótesis, basada únicamente en la comparación de las

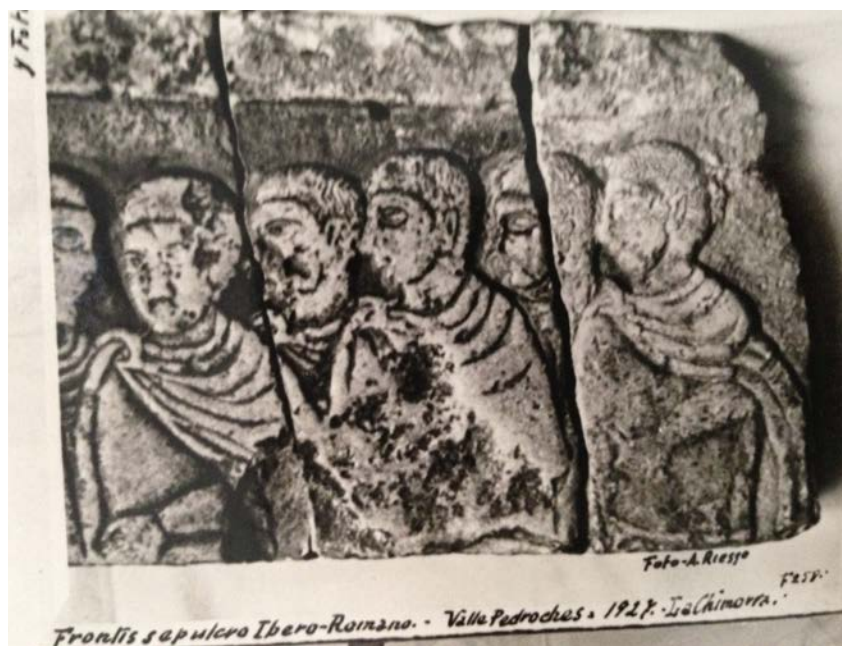


Fig. 9. «Relieve de La Chimorra». Fotografía de Ángel Riesgo. Fondo documental del Museo Arqueológico de Córdoba.

fotografías, de que pudieran pertenecer a la misma pieza (Ocaña, 1962: 113). Finalmente, Ulbert utilizaría ambos fragmentos, de los que indica que «llegaron a la colección Riesgo no se sabe cuándo», a la inscripción funeraria de Columba, fechada en el año 665 (n.º 27754 del Museo Arqueológico de Córdoba; Ulbert, 1971) (fig. 8).

Pero la información más interesante que nos ofrece la documentación de Ángel Riesgo es la referida al frontal de sarcófago que conserva el Museo Arqueológico de Córdoba con el número de inventario 27751. Comienza el texto relatando cómo «Así mismo, en las inmediaciones del cortijo hallé un hermoso Frontis de sepulcro ibero – romano cristiano [...]». A continuación describe brevemente la pieza, indicando que se trata de la mitad derecha del relieve original, en el que aparecen siete «orantes», como puede comprobarse en la fotografía conservada en el fondo documental de Ángel Riesgo (Museo Arqueológico de Córdoba), para terminar añadiendo una sorprendente información complementaria: «La otra mitad fue hallada posteriormente por un pastor que se negó a cedérsola e ignoro su paradero». Por desgracia, aún hoy lo ignoramos (fig. 9).

Quizá la visita de Riesgo pudo despertar el interés de Rafael Castejón y Félix Hernández, que realizarían nuevas excavaciones entre 1929 y 1930. De la publicación parcial realizada por el primero años más tarde (Castejón, 1949) nos interesa especialmente, más allá de la asociación de los restos con el supuesto monasterio Leyulense, la descripción que realiza de unos muros que conservarían un alzado de hasta un metro. Estructuras que se habrían deteriorado de forma importante cuando excava el yacimiento a fines de los años sesenta el Instituto Arqueológico Alemán (Ulbert, 1971). Esta última intervención nos ofrece un estudio completo del yacimiento y sirve para desechar definitivamente la antigua idea de que sería un monasterio.

### 3. Majadaiglesia

Junto a la ermita de Nuestra Señora de las Cruces (El Guijo) se encuentra el yacimiento que Samuel de los Santos identificó con la antigua ciudad de Solia, cuyo presbítero Eumancio participó en el Concilio de Elvira del año 303 (Santos, 1928). La primera intervención de la que tenemos constancia



en este yacimiento fue la realizada a comienzos del siglo xx por el abogado y académico Ángel Delgado. De ella nos da cuenta Fidel Fita en 1912, reproduciendo una carta de Delgado en la que este afirma haber estado en las ruinas diez días, citando unas estructuras que identifica con unas termas, una «piscina natatoria» además la necrópolis y diferentes restos materiales que describe sucintamente. Entre ellos, destaca el fragmento de escultura femenina sedente en mármol que dice haber visto empotrada en un muro de la casa de los guardas (Fita, 1912). Respecto a los objetos recogidos por Delgado en el yacimiento, destaca una patena de bronce (Fita 1912b, donde la describe por error como de *terra sigillata*) con inscripción griega (*CIL* II2/7, 765) que se encuentra, por causas que desconocemos, en el Instituto Valencia de Don Juan de Madrid (Palol, 1950: 86-87).

A través de Ocaña Torrejón y Rodríguez Agradados (1962) tenemos noticias de unas excavaciones realizadas en época de la dictadura de Primo de Rivera. Unos trabajos que Samuel de los Santos precisa que estaban en marcha en 1928 (Santos, 1928) y que habrían puesto al descubierto unas estructuras que, con algunas pérdidas, siguen siendo visibles después de una limpieza reciente (Rosas, 2008).

En 1926, antes de estas excavaciones, Ángel Riesgo ya conocía el yacimiento, que catalogaba como el más importante de los yacimientos romanos de Los Pedroches (libreta 2, ff. 115-121). Y, al igual que hicieran Ocaña y Rodríguez Agradados años más tarde, unificaba dentro del yacimiento tanto los restos aparecidos en el cerro donde se encuentra el cortijo como los que, en la parte baja, rodean a la ermita. En el cerro, la descripción que hace de las estructuras conservadas es muy sucinta, aludiendo a conducciones de agua, una estructura hidráulica que hoy es interpretada como «*natatio*» y gruesos fragmentos de *opus caementicium*.

Entre los objetos aparecidos en la cima del cerro, Riesgo destaca una escultura que habría sido encontrada al hacer la cimentación del pajar del cortijo. Se trata de una escultura femenina sedente, realizada en mármol blanco y a tamaño natural. Recoge testimonios de albañiles y pastores, que le indican que la escultura fue hallada completa aunque fragmentada, y que muchos de los pedazos se reutilizaron en la construcción, siendo incluso visible un fragmento de pierna perteneciente a esta pieza semiembutida en el muro. Sin duda se trataría del mismo fragmento visto por Ángel Delgado hacia 1912, como se ha señalado al comienzo de este epígrafe.

La visita de Ángel Riesgo parece que despertó en propietarios y trabajadores de la finca un doble sentimiento: por una parte, de desconfianza ante la posible intervención de personas ajenas en la ordenación de la finca o en las obras del cortijo; por otra, de curiosidad ante la posibilidad de aparición de tesoros ocultos. Con un resultado que el propio Riesgo describe con claridad: «Ante el temor de que yo me enterase, suspendieron las obras e hicieron allí excavaciones, asunto que supe después de construido este edificio, no logrando hallar en aquellos restos ni aún la cabeza, a pesar de demoler y picar algunos lienzos de pared, pero sólo pude rescatar un trozo de 1 ara romana» (fig. 10).

Esta inscripción romana, dedicada a Quintus Fulvius (Stylow, 1986: 252-253; n.º 27752 del Museo Arqueológico de Córdoba), también habría sido utilizada como material de construcción según cuenta Riesgo («sufrió la misma infamia que la estatua»), que solo pudo recuperar la parte izquierda. Su curiosidad se acrecienta ante los relatos de los albañiles, que le hablan de una estancia abovedada sin explorar bajo el piso del cortijo. Sin embargo, Riesgo no obtiene permiso para excavar en el entorno del cortijo, lo que le produce un patente malestar contra «la sordera» de la Junta de Excavaciones Arqueológicas y del «señor director del Museo de Córdoba, sr. Moreno Carbonero» (libreta 2, f. 116). Equivoca Riesgo en este caso el nombre del director del Museo, ya que el Arqueológico estaba desde inicios de 1926 al cargo de Samuel de los Santos (Baena, 2017), mientras que el Museo de Bellas Artes era dirigido por Enrique Romero de Torres. Posiblemente Riesgo confundiera a este último, que



además de su cargo en el Museo era desde 1924 Comisario de Excavaciones Arqueológicas, con el pintor malagueño José Moreno Carbonero. La denegación del permiso se une a la pérdida de la cobertura legal que le daba el permiso concedido en 1923 a Aulló, con quien en la primavera de 1926 Riesgo había roto relaciones.

También la ermita de Nuestra Señora de las Cruces y su entorno inmediato llamaron la atención de Riesgo, que documentó una necrópolis en esta zona basándose en los hallazgos de lápidas funerarias. Al describir la primera de ellas, empotrada en la pared de la sacristía (*CIL* II2/7, 757), anota Riesgo que la leyenda local cuenta que sería el epígrafe de alguien notorio que, por estar enterrado aquí, habría dado lugar a la construcción de la propia ermita. Una segunda lápida descrita por Riesgo podría ser la que Ana María Vicent trasladó al Museo Arqueológico, donde se conserva con el número de inventario 24644 (Marcos, y Vicent, 1983). Además, documenta un cipo empotrado junto a la puerta de la ermita que el cura de Torrecampo, como responsable de la misma, se negó a trasladar a la sacristía, y dos lápidas más empotradas en los muros de la cocina del cortijo. Además, da cuenta de otros hallazgos, como un anillo y un dedal de bronce, dos fragmentos de lucerna y varias monedas de Trajano y Adriano, que habrían desaparecido junto con el resto de su colección numismática en el saqueo de su casa madrileña durante la Guerra Civil.



Fig. 10. Cortijo de Majadaiglesia, cuya cimentación aprovecha antiguas estructuras.

## Conclusiones

Desde hace ya casi un siglo, poco ha avanzado la investigación sobre la comarca de Los Pedroches en época visigoda. Los datos aportados por las libretas de Ángel Riesgo y, sobre todo, las piezas integradas en las colecciones Riesgo y Aulló continúan siendo fundamentales para entender este período en la comarca.

Los trabajos realizados por Riesgo y Aulló pueden encuadrarse en el marco del interés que diferentes eruditos y académicos, no siempre arqueólogos, mostraron entre fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX por la arqueología medieval, y de forma especial por yacimientos con restos de época visigoda (Salvatierra, 2013). Un interés que, en nuestro ámbito de estudio, desarrollaron también en esas mismas décadas Carbonell, Ruiz Blanco, Ángel Delgado, Rafael Castejón, Félix Hernández, Samuel de los Santos o Fidel Fita, como se ha mencionado en las páginas precedentes. En este sentido, podemos considerar a Ángel Riesgo y Manuel Aulló como claros ejemplos de la curiosidad intelectual que alcanzó un enorme desarrollo a comienzos del siglo XX, y que se verá truncada de forma violenta con el estallido de la Guerra Civil.

La dura postguerra y la dictadura franquista convertirán el norte de Córdoba en un páramo no solo para los conocimientos históricos o arqueológicos, sino en general para la cultura. En el tema que nos ocupa, un simple análisis bibliográfico nos permite confirmar esta hipótesis, por más que en el

contexto español precisamente los estudios sobre época visigoda, ligados al nacionalismo franquista, son los más desarrollados. En las décadas de posguerra únicamente encontramos menciones a nuestro tema de estudio en trabajos misceláneos (y de escasa originalidad) de Carbonell (1946 y 1946b), continuación de los que realizaba antes de la Guerra Civil, y en un artículo de Rafael Castejón (1949) de temática fuertemente ideologizada, centrado en la búsqueda de unos míticos monasterios mozárabes cordobeses. En la década de los sesenta, el vacío solo se salva con el meritorio trabajo de Ocaña Torrejón y Rodríguez Adrados (1962) y por los resultados de las excavaciones realizadas por el Instituto Arqueológico Alemán en el cerro del Germo (Ulbert, 1968 y 1971).

A pesar de que la llegada de la democracia no se tradujo en el comienzo de una época dorada para la arqueología de época visigoda en Los Pedroches, hemos de reconocer que en este período se han realizado trabajos de indudable interés: se han estudiado las piezas de la Colección Aulló del Museo Arqueológico Nacional (Izquierdo, 1977 a y b; Vicent, 1999), se ha dedicado una exposición temporal a este tema en el Museo Arqueológico de Córdoba (Carpio, 2017), se han ordenado, catalogado y comenzado a investigar colecciones de interés como las del Museo PRASA Torrecampo o Museo de Historia Local de Villanueva de Córdoba, se han emprendido trabajos en Majadaiglesia (Marcos, y Vicent, 1983; Rosas, 2008), se han desarrollado diferentes campañas de excavación en La Losilla (Arévalo, 1999; Schlimbach, 2014, 2015, 2016 y 2017)... En definitiva, estamos asistiendo a un importante desarrollo de la investigación sobre el norte de la provincia de Córdoba en época visigoda.

Un desarrollo de la investigación que no es ajeno a la tendencia general de fortalecimiento de los estudios arqueológicos propiciados fundamentalmente por las universidades (Salvatierra, 2015) pero que, quizá por la situación excéntrica (casi marginal) de la comarca de Los Pedroches y, en general, el norte de la provincia de Córdoba, no ha alcanzado la fuerza que tiene en otros espacios geográficos. De manera que aún estamos a tiempo de aceptar la invitación que nos ofrecía Ángel Riesgo en 1936:

«[...] Reitero ser esto una humilde opinión del estudio por mí efectuado en el transcurso de catorce años recorriendo sin cesar, día tras día y palmo a palmo, aquel hermoso Valle; opinión que gustoso depondré ante el fallo valioso de arqueólogos e historiadores si se dignan investigar el Valle de Los Pedroches, a quienes brindo mis humildes datos y colección, pues digno de estudio considero esta región para que sea conocida la gran importancia que tuvo aquella querida tierra desde el túmulo, su período neolítico, hasta la expulsión de los árabes [...]».

## Bibliografía

- ARÉVALO SANTOS, A. (1999): «Intervención arqueológica de urgencia en la necrópolis de La Losilla, Añora (Córdoba)», *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1994 / III, pp. 123-128.
- AULLÓ COSTILLA, M. (1924-25): «Excavaciones Arqueológicas de diversos yacimientos sitios en las provincias de Segovia y Córdoba», *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, n.º 71-2.
- (1926): «Organización de las campañas de extinción contra plagas de Lymantria Dispar L», *Revista de Montes*, 1.119, pp. 194-204.
- BAENA ALCÁNTARA, M.<sup>a</sup> D. (2017): «Museo Arqueológico de Córdoba: un relato que continúa (o 150 años no son nada)», *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 35, número extraordinario «150 años de museos arqueológicos en España». Coordinado por Andrés Carretero Pérez y Concha Papí Rodes, pp. 94-109.
- CABANAS, R. (1968): *El macizo batolítico de Los Pedroches*. Madrid: Real Academia de Ciencias.
- CARBONELL, A. (1927): «Contribución al estudio de la prehistoria cordobesa. La Zona de Villanueva de Córdoba», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 19, pp. 413-430.

- (1928a): «Contribución al estudio de la prehistoria cordobesa. La Zona de Venta de Cardena», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 20, pp. 505-517.
- (1928b): «Contribución al estudio de la prehistoria cordobesa. La Zona de Conquista», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 21, pp. 15-26.
- (1928c): «Notas sueltas sobre hallazgos arqueológicos efectuados en la provincia de Córdoba», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 22, pp. 133-138.
- (1946): «Noticias varias recopiladas en los itinerarios de campo: cronlechos, dólmenes, cistas, sepulturas, otros monumentos funerarios y restos humanos», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 55, pp. 97-116.
- (1946b): «Vestigios antiguos incalificados en la provincia de Córdoba», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 56, pp. 227-232.
- CARPIO DUEÑAS, J. B. (2014): «La exposición temporal *Mugawwar & Corduba*», *Boletín de la Asociación Provincial de Museos Locales de Córdoba*, 14, pp. 347-361.
- (2017): «Museo PRASA Torrecampo. Memoria anual 2016», *Boletín de la Asociación Provincial de Museos Locales de Córdoba*, 17, pp. 345-376.
- CASTEJÓN, R. (1949): «Excavaciones en monasterios mozárabes de la Sierra de Córdoba», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 61, pp. 65-76.
- DEL PINO GARCÍA, J. L., y CARPIO DUEÑAS, J. B. (1998): «Los Pedroches y el despoblado medieval de Cuzna», *Antiquitas*, 9, pp. 177-200.
- FITA, F. (1912): «Epigrafía romana y visigótica de Garlitos, Capilla, Belalcázar y El Guijo», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 61, pp. 133-143.
- (1912-B): «El Guijo, Belalcázar y Capilla. Nuevas inscripciones romanas», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 61, pp. 221-231.
- (1914): «Alcaracejos, Adamuz y Córdoba. Nuevas Inscripciones», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 65, pp. 556-572.
- GONZALBES CRAVIOTO, E. (1994): «Una aproximación al estudio de las vías en la Hispania Visigótica», *Actas del II Congreso Internacional de Caminería Hispánica, (Madrid, 1994)*. Coordinado por Manuel Criado del Val, tomo I, pp. 85-94.
- GUTIÉRREZ ESCOBAR, S. (2007): «Historiografía para el conocimiento del patrimonio arqueológico megalítico de la zona oriental de la penillanura de Los Pedroches», *Arte, Arqueología e Historia*, 14, pp. 122-127.
- HERNÁNDEZ JIMÉNEZ, F. (1958): «El camino de Córdoba a Toledo en la época musulmana», *Al-Andalus*, 24, pp. 1-62.
- IZQUIERDO BENITO, R. (1977a), «Cerámica de necrópolis de época visigoda del Museo Arqueológico Nacional», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXX-3, pp. 569-595.
- (1977b): «Ensayo de una sistematización tipológica de la cerámica de necrópolis de época visigoda», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXX-4, pp. 837-865.
- MARCOS POUS, A., y VICENT ZARAGOZA, A. M.<sup>a</sup> (1983): «Excavaciones en la ermita de Nuestra Señora de las Tres Cruces», *Novedades de Arqueología Cordobesa*. Córdoba.
- MÁRQUEZ TRIGUERO, E. (1985): «Sepulturas antropoides del Valle de los Pedroches», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 108, pp. 81-104.
- (1993): «Sepulturas antropoides del Valle de los Pedroches», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 124, pp. 219-234.
- MORENA, J. A.; GUTIÉRREZ, J. P., y MERINO, J. (2003): «Las tumbas excavadas en la roca de la zona de Conquista (Córdoba). Aportación al estudio del mundo funerario altomedieval en el Valle de Los Pedroches», *Crónica de Córdoba y sus pueblos*, IX, pp. 139-157.
- OCAÑA TORREJÓN, J. (1962): *Historia de la Villa de Pedroche y su Comarca*. Córdoba.
- OCAÑA TORREJÓN, J., y RODRÍGUEZ ADRADOS, A. (1962): «El yacimiento de Majadaiglesia-Virgen de las Cruces. Contribución a la geografía histórica del Valle de los Pedroches», *Historia de la Villa de Pedroche y su Comarca*. J. Ocaña Torrejón. Córdoba, pp. 141-147.
- PALOL, P. (1950): *Bronces hispanovisigodos de origen mediterráneo, I. Jarritos y patenas litúrgicos*. Barcelona: Instituto de Prehistoria. CSIC.
- RIESGO ORDÓÑEZ, A. (1934): «Entomología forestal y Arqueología», *El auxiliar de la Ingeniería y Arquitectura*, 315, pp. 150-153.



- (1936): «Los primitivos hombres del Valle de Los Pedroches (Córdoba)», *El auxiliar de la Ingeniería y Arquitectura*, n.º 354, pp. 8-12 y n.º 355, pp. 30-33.
- (1948): «Arqueología del Valle de Los Pedroches (Córdoba)», *Actas y memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, 23, pp. 76-82.
- ROSAS ALCÁNTARA, E. (2008): «Yacimiento arqueológico de Majadaiglesia, El Guijo (Córdoba). Estudio histórico y proyecto de puesta en valor», *Arte, Arqueología e Historia de Córdoba*, 15, pp. 191-197.
- RUIZ BLANCO, J. (1914): «La basílica visigoda de Alcaracejos (Córdoba)», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 65, pp. 473-475.
- SALVATIERRA CUENCA, V. (2013): «La primera arqueología medieval española. Análisis de un proceso frustrado (1844-1925)», *Studia Histórica. Historia Medieval*, 31, pp. 183-210.
- (2015): «El lugar de visigodos y omeyas en la historiografía de los siglos XIX y XX. Aportaciones a un debate sobre continuidad y ruptura», *Archivo Español de Arqueología*, 88, pp. 247-261.
- SANTOS GENER, S. (1928): «El tesoro celtífero romano de los Almadenes de Pozoblanco», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 21, pp. 69-75.
- SCHLIMBACH, F. (2014): «Der Fundplatz, La Losilla bei Añora (Córdoba) – eine spatantike Kirche im landlichen Bereich der Baetica», *E-Forschungs Berichte des Deutschen Archäologischen Instituts 2014*, pp. 82-84.
- (2015): «Der Fundplatz, La Losilla bei Añora (Córdoba) – eine spatantike Kirche im landlichen Bereich der Baetica», *E-Forschungs Berichte des Deutschen Archäologischen Instituts 2015*, pp. 87-89.
- (2016): «Der Fundplatz, La Losilla bei Añora (Córdoba) – eine spatantike Kirche im landlichen Bereich der Baetica», *E-Forschungs Berichte des Deutschen Archäologischen Instituts 2016*, pp. 161-168.
- (2017): «Añora. Spanien. Der Fundplatz, La Losilla bei Añora (Córdoba) – eine spatantike Kirche im landlichen Bereich der Baetica», *E-Forschungs Berichte des Deutschen Archäologischen Instituts 2017*, pp. 119-127.
- STYLOW, A. U. (1986): «Beiträge zur lateinischen Epigraphik im Norden der Provinz Córdoba, I. Solia», *Madridrer Mitteilungen*, 27, pp. 235-277.
- ULBERT, T. (1968): «El Germo, Kirche und Profanbau aus dem frühen 7. Jh.», *Madridrer Mitteilungen*, 9, pp. 329-298.
- (1971): «El Germo. Una basílica y un edificio profano de principios del siglo VII», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 40, pp. 149-186.
- VALLE BUENESTADO, B. (1985): *Geografía agraria de Los Pedroches*. Córdoba: Diputación Provincial. Servicio de Publicaciones.
- VICENT ZARAGOZA, A. M.<sup>a</sup> (1982-83): «Sepultura de época visigoda en el Cortijo *Majago Bajo* (Obejo, Córdoba)», *Corduba Archaeologica*, 13, pp. 63-75.
- (1999): «Sepulturas postromanas preislámicas de Los Pedroches (Córdoba) con ajuares conservados en el Museo Arqueológico Nacional», *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, XVIII, 1-2, pp. 115-129.